

La despedida

Guadalupe Payán Araiza

Los rayos de sol empezaban a esconderse en el horizonte agradeciéndole al universo por un día más. Conducía el auto hacia casa de mi madre mientras platicaba con Ofelia, una amiga de la familia. Cuando estuvimos frente a la puerta le comenté:

—Ahorita vengo. Dile a mi madre que fui al centro a comprar unas cosas que necesito; regreso pronto.

Pero algo dentro de mí me detuvo; sentí una gran necesidad de bajar a saludarla, por lo que decidí llegar y hacer después las compras.

Al entrar percibí un silencio misterioso. Las luces estaban apagadas y únicamente el fondo del pasillo se veía alumbrado. Caminé un tanto apresurada, como si la oscuridad me empujara hacia donde estaba la luz encendida: la recámara de mi madre. Al entrar vi sentada en el reposet a Cristy, mi hermana, una mujer de 34 años madre de cuatro hijos, quien por tercera ocasión había sido operada para extirpar un tumor de su cerebro.

Ya tenía un mes sin movimiento, únicamente abría los ojos y los movía de cierta forma para hacernos saber que nos escuchaba, dándonos así respuesta a las preguntas que le hacíamos. La bañábamos con una esponja; los alimentos se los hacíamos llegar lentamente a través de una sonda. Mi madre a su lado estaba sentada en su silla de ruedas; con amor y paciencia le sobaba su pecho; al acercarme observé alarmada que Cristy casi no respiraba.

Le grité inmediatamente a mi hermano Vicente, quien por fortuna en ese momento estaba en casa, y optamos por llevarla de emergencia a la maternidad La Luz, un hospital ubicado a

dos cuadras del lugar. Mientras él acercaba el carro, mi primo Lupillo, quien en ese momento estaba de visita, y yo cargamos a Cristy en una sábana y la subimos rápido al asiento de atrás.

Mi hermano Vicente se llevó a Cristy a bordo, y mi primo y yo, como no cabíamos en el carro, nos fuimos corriendo detrás. Llegamos al hospital al mismo tiempo. Corriendo entré a solicitar ayuda para que atendieran a mi hermana; los camilleros se movilizaron y la llevaron a un cuarto. Mientras nosotros esperábamos, los médicos y enfermeras entraban y salían; se veían alarmados.

Preocupada me dirigí al altar, una especie de capillita instalada en el hospital, y me puse a orar. De pronto recibí un mensaje: algo en mi interior me decía que era el momento de que Cristy partiera para descansar en paz. Me solté llorando en silencio. En ese momento tuve una visión: Una persona vestida con una túnica blanca, con una paz profunda, la tomó en sus brazos y se la entregó a otra. Cuando me calmé salí de la capilla y en ese preciso momento se acercó mi hermano Vicente y me dijo:

—Cristy ya no se recupera de ésta.

Yo me quedé en silencio pensando en lo que expresó mi hermano. Al poco rato salió el médico de la habitación donde la estaban atendiendo; dirigiéndose a nosotros nos informó que habían hecho todo lo posible por salvarla, pero que llegó con un paro respiratorio del cual no la pudieron sacar.

Quisimos verla, por lo que nos dirigimos a la habitación donde estaba. Al entrar sentí que únicamente estaba su cuerpo; aún así me despedí de ella acariciándole su cara, su cabello y dándole un beso en la frente, agradeciéndole por tantos momentos que vivimos juntas. Era la hermana con la que más había convivido, no sé si por cercanía de edad, pues únicamente me llevaba un año dos meses o porque el amor de hermanas nos alió profundamente. Siempre la cuidé, la protegí, curiosamente hasta el final.

¡Gracias Cristy por tu amor, por tu bondad, por tu sencillez y autenticidad! ¡Gracias por todos los años que compartimos juntas! ¡Dios te bendiga!